

[Escribir texto]

Ercole Lissardi

UNA MUJER FATAL

Fue de un día para el otro, y primero se lo noté en la manera de vestirse. Matilde siempre se había vestido sobriamente. “Una profesional de la salud no puede vestirse de manera llamativa” me decía, allá en el principio de los tiempos, al conocernos. Y sólo se permitía toques discretísimos de maquillaje. El pelo se lo recogía en un moño sencillo, colita de caballo, sin gracia alguna. Pero de pronto, de un día para el otro, todo cambió.

Feminización aguda del vestuario. Ratazos para maquillarse. Melenita y flequillo. ¿Qué fue lo que pasó? ¿Cómo es que de pronto no corren más la bombacha y el corpiño de la abuela y aparece una variedad de ropa interior fantasiosa, y carísima? No me quejo por el costo, no es mi dinero. Más allá de los gastos de la casa llevamos cuentas separadas. Y puede comprarse lo que se le antoje, porque gana muy bien. Más que yo, de hecho. Pero hora se levanta un rato antes, porque si no, no le da el tiempo para salir de casa hecha una muñequita. Como si hubiera pasado a ganarse el dinero vendiendo sus encantos. ¿Qué pasó? ¿Qué fue lo que me perdí, que ya no entiendo más de qué va la cosa?

Soy un tipo simple, pero no soy un imbécil. La sofisticación no es lo mío, pero tampoco soy ningún palurdo. Me hice solo, a pulso, partiendo de nada. Tengo un negocio de alquiler de volquetas, y participo en otro de casas prefabricadas para balnearios. Hago mi dinero honestamente, trabajando de sol a sol. Soy leal por naturaleza. Me casé para tener hijos a quienes dejarles lo mío cuando me muera. Elegí a Matilde porque me pareció ideal para encarar una vida tranquila y ordenada, y supongo que ella me eligió por la misma razón. Ambos somos gente callada y discreta, poco dados a las frivolidades. Aprendí a amarla día tras día y a menos que esté muy, pero muy equivocado, así mismo ella aprendió a amarme.

No me gusta calentarme la cabeza con pendejadas. Matilde cambió. Quiero saber por qué. ¿Cómo es que ahora tiene que ir a trabajar con la concha empaquetada en puntillas negras? Al despertarse ella me despierto, pero finjo seguir dormido para observar todas las vueltas que da acicalándose antes de estar pronta para salir. No enciende la luz del dormitorio. ¿Para no molestar mi sueño? ¿O para que mis miradas no molesten sus preparativos? En la penumbra de la luz del baño la veo ponerse la bombacha y el sujetador. Luego el viso negro de seda natural se desliza a lo largo de su cuerpo como una caricia. Verla me excita. Me dan ganas. Me parece estar viendo una película erótica.

Después, al salir del baño, ya maquillada, toma nota de que estoy en la cocina, tomando el primer café del día. “¿Qué? ¿Qué te pasa?” ronronea, sonriente, acercándose hasta ponerme sus tetitas

debajo de las narices. “¿Te gusta mi perfume nuevo?”. “Huele horrible” le digo, frunciendo la nariz. Los perfumes me dan normalmente vuelta el estómago, especialmente a la hora del desayuno. “Prefiero el Agua de Colonia que siempre usaste, pero sobre todo prefiero el olor de tu piel”.

La tomo por la cintura y la apoyo contra mi cuerpo. “¿Qué? ¿No te alcanzó con lo de anoche?” pregunta invitante. Añoche cogimos. Cogemos tres veces por semana. Suficiente como para andar tranquilo, sin mirarle el culo a las pibas. “¿Querés más?” me sopla en el oído. Cuando me va a decir algo cachondo me lo dice al oído. Le da vergüenza hacerlo mirándome a los ojos. “Te lo guardo para esta noche” dice. Pero no, en realidad no es eso. No quiero más. Algo no me cierra, me desconcierta. Era mejor con la bombacha de la abuela, sin puntillas.

.....

No soy un troglodita. Puedo comprender este tipo de cambios. A medida que pasan los años la mujer se convence de que, para seguir siendo bella, necesita aliados. Pero Matilde se pasa de la raya. Parece embarcada en una campaña de seducción. No puede ser que quiera re-seducirme a mí. De mí consigue hoy la misma pasión que el primer día.

Una mañana que se ponía, con evidente placer sensual, unas medias negras de nylon con un ancho remate de puntillas a la altura de los muslos, no pude más. “¿Pensás mostrarle las piernas a alguien en el laburo?” pregunté, en realidad sin intención de acusarla de nada, nomás para recordarle que iba a laburar, y no a otra cosa. Se puso colorada. “A nadie” dijo, tomando evidentemente mi pregunta al pie de la letra.

Fue una grosería hablarle así. Se me escaparon las palabras. Me dio más vergüenza que a ella. Se dio cuenta. “Una mujer para sentirse linda cuida todos los detalles, hasta los que no se ven” explicó. “Pero vos no sos linda, vos sos hermosa” argumenté, tratando de borrar la grosería. “Porque cuido todos los detalles”. “Pero antes no lo hacías... tanto” insistí suavemente. “Sí lo hacía tanto. En un estilo diferente, pero lo hacía”.

Aquel intercambio bastó para mí. Decidí dejar de prestarle atención a la manía de coquetería que le había dado. Al fin y al cabo, a mí ¿qué me importaba? Nuestra vida seguía transcurriendo tal y cual y como siempre. Con el mismo mimo, con el mismo respeto por los tiempos y los espacios del otro, con el mismo ensimismamiento en las cuestiones de trabajo. Y coger cogíamos como siempre. Un poco así, otro poco así, y para terminar, así, y después nos dormíamos abrazados. ¿Tenía yo algo de qué quejarme? Si llegada la hora sucedía que yo estuviera cansado, con la misma reconcentrada

[Escribir texto]

eficiencia de siempre me ponía en condiciones. Ella, por su parte, hay que decirlo, siempre estaba a punto.

.....

Pero la cosa no quedó ahí. Matilde, cosa que nunca antes, cuando juzgaba sumariamente a las actividades del Departamento fuera de horario como pérdida de tiempo, empezó a participar en ellas. Se trataba, por un lado, de reuniones científicas, con presentación y discusión de casos, que se llevaban a cabo los sábados por la tarde y fuera de la ciudad, en algún hotel de balneario, y por otro, de reuniones sociales organizadas por laboratorios farmacéuticos con los cuales tenía el Departamento relaciones de trabajo.

De pronto Matilde no se perdía ni una sola oportunidad de súper-arreglarse y desaparecer por un buen rato. Rato que yo pasaba solo en casa esperándola, irritado, pudriéndose poco a poco el cerebro. Hasta que, inevitablemente dado el grado de ofuscamiento en el que terminaba por instalarme, llegué a la conclusión y a la convicción de que Matilde tenía un amante. Aquella conclusión me explotó en el cerebro como una bomba atómica. ¿Cómo podía semejante cosa ser

[Escribir texto]

possible? No tenía duda de que nos amábamos y de que en nuestros corazones éramos, genuinamente, marido y mujer. Pero la convicción en que anclé se mostró por completo inamovible.

¡Un amante! ¡Algún matasanos medio drogo y pagado de sí! ¿Cómo podía hacerme algo así? La pregunta, desgarradora e incesante, se apoderó de mi mente. ¿Por qué? ¿Qué me falta que un pelele soberbio de túnica blanca pueda ofrecerle? ¡Para él se emperifollaba, para él se ponía puntillas y bañaba en perfumes, para coger en consultorios cerrados con llave, o en escapaditas a hotelitos discretos!

¡Qué horror! Pensé en hacer la maleta e irme, sin saludar, sin una nota de despedida, desaparecer de su vida para siempre. Porque, y esto lo tenía perfectamente claro, me moriría de vergüenza, me suicidaría, antes que preguntarle a mi mujer si tenía un amante. Hablar semejante cosa es imposible entre dos personas que se han tratado siempre con el más dulce afecto y con el máximo imaginable de respeto. Lo último que haría sería hablar con ella el asunto, exteriorizarlo, manejarlo como si fuera el cadáver de nuestro matrimonio. Antes me cortaría la lengua con una tijera.

.....

Aquella noche, la noche en que la convicción se adueñó de mi cerebro como el más vertiginoso de los tumores, dieron las once, una hora todavía decente para regresar a casa, y nada. Llegó la medianoche, hora ya de escándalo, y nada. Y llegó la una de la madrugada. Había decidido ya humillarme llamando a su celular cuando finalmente llegó. Al verme en el living, sentado en un sillón, aun vestido de calle, esperándola, seguramente con un gesto de crispación en el rostro, sonrió suavemente y dijo, mimosa: “¿Me estabas esperando, amor?”.

Trabadas las mandíbulas, mordiéndome la lengua, fui incapaz de responderle. “¿Tenías miedo de que me pasara algo?” insistió amorosa. Estaba preciosa. Abrigo de pieles, guantes de cuero, vestidito corto y ajustado, carterita plateada –que no le conocía- colgando del hombro, tacos altos. Ninguna camina con tacos altos con la naturalidad y elegancia con que ella lo hace. Ella seguro que notaba mi tensión, y permanecía parada junto a la puerta, sin saber qué hacer.

Cualquiera hubiera pensado que con sus preguntitas me estaba tomando el pelo. Yo sabía que no era así. Matilde es incapaz de bajezas. Era la primera situación de esta índole entre nosotros. No sabíamos cómo actuarla. No sabíamos cómo reaccionar. Me parecía humillante y repugnante que estuviéramos viviendo aquello. El alma se me llenó de amargura y de violencia. Sentí el impulso de humillarla como ella, lo quisiera o no, me humillaba. “Vení” dije fingiendo calma. Se acercó

[Escribir texto]

lentamente, quizá temerosa. “Date vuelta” le indiqué. Su mirada me preguntó para qué. “Date vuelta” insistí, como si la razón para indicárselo fuera evidente y lógica. Lo hizo.

Tironeé suavemente para que el abrigo de piel y con él la carterita se fueran al piso. Sin prisa y sin pausa le remangué el vestidito hasta la cintura y la tanga –porque era tanga, adminículo destinado a exhibir provocativamente las partes femeninas, y no bombacha, suerte de ropa interior destinada al abrigo y a la higiene- hasta las rodillas. “Inclinate para adelante” dije. Y lo hizo. Sabía, porque no podía no saberlo, que aquello, siendo quiénes y cómo éramos, no era precisamente el preludio de un acto de amor.

En realidad aquello era francamente obsceno. A menos que fuera ingenua o idiota, y Matilde no era ni lo uno ni lo otro, debía comprender que aquello –al menos en principio- no era del orden del deseo, sino del de la humillación, de la venganza, del castigo. Y lo aceptaba, pasivamente, y su pasividad, en mi mente calenturienta significaba una confesión de culpa. Algo espantoso se adueñó de mí: la convicción de que aquello que pensaba hacerle era justo, que era mi derecho ejercer sobre ella el poder de humillarla y castigarla.

Le separé las nalgas, le abrí la concha. Esperaba que le supurara de la vagina el semen del amante, con lo cual todo hubiera quedado dicho y hecho, finiquitado. Pero no sucedió. Me acerqué para oler, y para hurgar con la lengua tan hondo como pude. Nada. ¿Qué probaba eso? Nada, por supuesto. Probaba cuando mucho que no echaron un polvo de parados en algún rincón oscuro sino que fueron a un motel y que se lavó bien lavada antes de volver a casa. Pero no estaba terminada mi pesquisa.

Matilde no es de orgasmos superficiales, es de orgasmos profundos. El segundo, al hilo, le cuesta. Se me ocurrió, pues, que cogiéndola sabría si venía de coger por lo que le costara acabar. Tenía la pija dura. ¿Cómo no, si había estado olisqueándole la concha a mi mujer? Se la metí. Suspiró hondo y empujó con las nalgas contra mi vientre para tomarla toda. “Me estabas extrañando” murmuró. Le di a fondo. No tardó nada en acabar. Tan fuerte que estuvo a punto de caerse, ya que no tenía en qué apoyarse. Quedé desconcertado, pero también muy caliente.

¿Qué tal si me estaba equivocando, si la estaba tratando como a una puta porque sí nomás? Comoquiera que fuera, estaba, como dije, muy caliente. “Acabá” pidió con un hilito de voz. Pero seguí dándole. Para mi sorpresa volvió a acabar enseguida. Un polvo mudo, puro estremecimiento. Estaba muy excitada. ¿La excitaba que la usara así, como a una puta? “Dame la boca” dije cuando estuve a punto. Rara vez le pido la boca para acabar. Sólo en días de morbo. Acabar abrazados, al unísono y en lo profundo es la manera que me colma.

Un poco groggy se dio vuelta torpemente, por lo que el primer lechazo tuve que retenerlo cerrando el prepucio con los dedos. Cuando se lo solté dentro de la boca se le escapó desde lo profundo de la garganta un gemido de placer. Como si gustara una exquisitez. Siguió chupando y tragando con tal dulzura como creo que nunca antes. Como si quisiera expresar con la mamada su absoluta devoción hacia el cuerpo de su legítimo esposo. Mis dedos, acostumbrados a acariciarla recorrieron su nuca, su cuello, sus mejillas, sus labios, antes de retirar el miembro completamente aplacado de su boca.

Estuvo dormida apenas apoyó la cabeza sobre la almohada. Mirándola dormir sentí otra vez anegada el alma por todo el amor que le tengo. Pensé que seguramente estaba equivocado. Que a menos que fingiera maravillosamente bien, cosa que no me consta, que nunca me constó, no venía de coger con un amante. Quizá su coquetería no era sino cosa de la edad, quizás su inesperada sociabilidad no era sino ambición de progresar, de figurar, con alguna meta profesional a la vista. La abracé, aplacado en cuerpo y alma, pensando que quizás era hora de recordarle su deber de maternidad, ya bastante aplazado.

.....

No me duró mucho el apaciguamiento. Matilde siguió en la misma. Peor aún, saliendo con mayor asiduidad. Poco a poco me fui irritando otra vez. Una mañana salió del baño de tacos altos y con una tanguita escandalosa. Apenas un triangulito de puntillas por delante y una tiritita encajada entre las nalgas. Un soutién transparente le levantaba las tetas, como ofreciéndolas al magreo. Tal y cual y como una puta desfilando para los clientes en un burdel de lujo.

Así se paseó una y otra vez delante de mí, que sorbía un café como quien traga cicuta. “Matilde, parecés una puta” terminé por decirle. “Pero no lo soy” respondió con una sonrisa pícara. “Pero lo parecés” insistí. Me paré y saqué la verga, dura. “Mirá cómo me ponés”. Se acercó y empuñó la verga. “Lástima que justo hoy, estoy apurada” ronroneó. “¿Muy apurada?”. “Mi amor...” dijo y apretó amorosamente la verga hasta que soltó su lágrima lubricante. Entonces apoyó los codos sobre la mesa de la cocina, ofreciéndome la grupa.

“Soy tu puta” dijo mirándome por sobre el hombro. Nunca, jamás me había dicho algo así. Yo estaba volando, pero a la vez estaba desconcertado. “¿Me perdonás que sea tu puta?” preguntó bajando la cabeza, ocultando la cara. ¿Perdonarla? No tenía sentido. ¿Qué pregunta ocultaba la pregunta que me hacía? “¿Sólo mi puta sos?” pregunté con la voz apretada por la pasión y la incertidumbre. “Vení, cógememe” exigió. “¿Sólo mi puta sos? ¿De nadie más?” insistí. “Sólo tuya” dijo, finalmente. Aquella

especie de declaración de inocencia que le había robado me soltó el cuerpo. Le hice a un lado la tiritita de la tanga y le hundí la verga.

Cogimos a lo loco, pasados de rosca, fuera de control, urgidos por expresarnos la mutua pasión. Acabamos a la vez y a los gritos. Nunca hubiera imaginado que ella fuera capaz de asumir el rol de puta. Ni que semejante cosa fuera a ponernos tan locos. Me tiré en la cama mientras la oía en el bidet. Me entregué completamente a la idea de que toda aquella coquetería, toda aquella cosa provocativa era para mí, para darme gusto, para renovar nuestra sexualidad, para nutrir mi libido. Como si tal cosa fuera necesaria, como si le hubiera dado algún motivo para sentir que mi deseo de ella se debilitaba.

Pero mi recuperada exaltación amorosa no duró. Al rato de irse Matilde, aún tendido en el lecho conyugal y sin ganas de levantarme, saturados los oídos con el silencio inhóspito de la casa y luego con los gritos exasperados de las gaviotas, una nueva convicción, impensada, imprevisible, redondita se adueñó de mi ánimo: Matilde sí tenía un amante, y lo tenía sencillamente porque había llegado a la conclusión –a saber cómo– de que lo propio, lo justo y lo adecuado era eso: tener marido y tener amante. A todos los efectos: tener dos pijas y no una sola.

Semejante idea me dejó noqueado. Matilde es una persona esencialmente razonable, y si algo la caracteriza es el sentido común y la moderación. ¿Cómo pudo haber aterrizado en semejante idea? Ella no absorbe fácilmente ideas nuevas, y menos si le suenan raras. Y el libertinaje propio de estos tiempos nunca le hizo gracia. La respuesta estaba evidentemente en el fulano en cuestión. La había seducido a tal punto y de tal modo como para hacerla concebir solita, a manera de auto-justificación, semejante idea.

Pero ¿no es lo que siempre hicieron los hombres, tener dos conchas? Por un momento pensé: ¿y por qué no? Yo también puedo conseguirme una amante, y listo. Pero no, no era eso lo que yo quería. Yo quería la concha de mi esposa solamente para mí.

.....

Enamorada de su amante no lo estaba. Enamorada estaba de mí, su esposo. Si no fuera así se hubiera divorciado de mí, se hubiera ido con el otro, de eso no tenía dudas. Porque ella es así: o blanco o negro; al pan, pan, y al vino, vino. Para ella era un asunto práctico: había llegado a la conclusión de que no podía prescindir ni de uno ni del otro. En buen romance: que, en su caso al menos, dos pijas eran mejor que una. De la misma manera, estoy seguro, que consideraría que tres serían demasiado. El problema, pues, era mío. Y a ver qué hacía para solucionarlo.

Llegar a ver las cosas de esta manera me confirmó en mi convicción de que no tenía sentido discutir el asunto, tratar de convertir el asunto en palabras. A los hechos se responde con hechos, no con palabras. Si yo verbalizaba aquello ella respondería con silencio, sencillamente porque estaba convencida de lo que hacía, ya que si no lo estuviera no lo haría. Decidí cambiar nuestro régimen sexual. Terminar con el polvito de antes de dormirse. De aquí en más me la cogería todas las mañanas antes de irse a trabajar. Y antes de que saliera para cualquier actividad fuera del horario de trabajo. De aquí en más de casa sólo saldría bien cogida, mínimo dos acabadas, hecha un trapo.

Tenía que sacarla del error, pero por la vía de los hechos. Su carne aprendería que no se puede servir a dos patrones. Mi decisión era para mí la prueba absoluta de mi amor por Matilde, porque sólo quien ama se somete a semejante sacrificio, y semejante régimen era para mí todo un sacrificio. Dejar que se fuera con su amante, pero bien cogida era para mí, sicológicamente, una prueba de fuego.

Pero lo hice, cada mañana. Apenas salida del baño, en la cocina. Polvos de parados, para dejarla sin piernas, polvos de verga entera, polvos trepidantes, aniquiladores, polvos como para que no quisiera oír ni hablar de coger por un buen rato. Era culpable. Se me hizo por completo evidente. Ni una palabra de protesta tuvo cuando fue comprendiendo, mañana tras mañana, las características de nuestro nueva dieta sexual.

“Me dejás planchada” musitó al tercer día, la frente apoyada sobre la mesa de la cocina, después del segundo polvo. “¿Te parece demasiado amor?” pregunté, sin aliento, pero duro como piedra y aún clavado en ella. “Todos se dan cuenta de que llego agotada. Hablan a mis espaldas. Les oigo las risitas”. “Te envían. Ya quisieran ser amados como yo te amo”. Ese día yo estaba intratable. Hubiera podido seguir hasta despellejarle la vagina. Pero no era eso. No quería lastimarla. La amo.

La verdad es que me excitaba terriblemente que se sometiera tan dócilmente cada mañana a mi exigencia abusiva del débito conyugal. Me excitaba y me confundía, porque no podía evitar pensar que si me excitaba su sumisión era porque me excitaba que tuviera un amante, sin lo cual no habría castigo ni sumisión. Pero no me importaba mi confusión, seguía adelante, como una bestia topadora, seguro de que aquel régimen terminaría por dañar y terminar la relación con su amante. No me molestaba en pensar que también podría terminar con nuestro matrimonio.

“Acabame con la boca”. Obedeció. “Sin las manos” le advertí cuando vi que intentaba pajearme mientras chupaba. “Pajeate vos”. Nunca me hubiera atrevido a exigirle semejante cosa antes de la situación en que estábamos. “Ya no puedo acabar”. “Una especial, para mí” insistí, cruel. Lo hizo,

[Escribir texto]

pajeándose allá abajo, sin dejar de chupar. Acabó estremeciéndose, como si en el fondo de la garganta recibiera toques eléctricos de mi verga. Su polvo seco pudo conmigo y le exploté en la boca.

Se atragantó con el lechazo. Soltó la verga. Tosía y tosía, doblada hacía arcadas al borde del vómito, mientras yo le acababa en el pelo. ¡Dios mío, cuánta indignidad! Ella era mi legítima esposa, y la amaba, y me obligaba a tratarla así, como a una puta. Se encerró en el baño. Oí mientras me vestía, el susurro de la ducha. Arropada en la salida de baño y con una toalla en la cabeza se metió en la cama. Pareció dormirse. Me incliné sobre ella, le di un beso en la mejilla y le dije: “Te amo, todos los días y a toda hora”. Y me fui a trabajar.

Cruzando la ciudad le pedía al Dios de los Matrimonios que se apiadara de ella y le hiciese comprender el carácter sagrado de nuestra unión. No es que sea yo muy católico. De hecho no nos casamos por la Iglesia. Pero hay circunstancias en las que, en la desesperación, no nos queda sino volvernos hacia la divinidad para conminarla a la piedad, recordándole que no somos sino simples y miserables seres humanos. En fin: por lo menos podía estar quizás seguro de que ese día, por lo menos ese día, nadie más se la cogería.

.....

Lo que me convencía de lo correcta que era mi lectura de la situación era la docilidad con que Matilde se sometía al tratamiento de shock que le propinaba. Sus protestas eran protestas de sumisa, sin intención de cambiar nada. Estaba claro que ella consideraba que estaba en mi derecho al proceder como procedía. Por lo demás, si ella se hubiera quejado del cambio en nuestro régimen sexual le hubiera contestado con toda lógica que si yo estaba más cogelón y más morboso era seguramente porque ella estaba más coqueta y más provocadora que nunca.

Pero ella no protestaba. Intentaba, sí, zafar por medios sutiles de los aspectos más rigurosos de mi supuesto apasionamiento. Por la mañana, apenas despiertos, intentaba montarme, para imponerme sus condiciones, su ritmo, un polvo blando, a media verga, manejable en cuanto a gasto de libido. Yo no se lo permitía. Me levantaba y la esperaba en la cocina. O al estar cogiéndola se aflojaba completamente, cero resistencia o participación, para que la ola del orgasmo le pasara blandamente por encima. O se volvía exageradamente fogosa con la intención de hacer breve el trámite llevándome cuanto antes al desbarrancadero sin retorno.

Pero no protestaba. Ella había inventado esta situación y yo no hacía sino jugar el juego a mi manera. Me era evidente que sabía que yo sabía, y que sabía qué era lo que yo estaba intentando. Me

era asimismo evidente que Matilde apostaba a que así, a ciegas, mágicamente, íbamos a llegar a una especie de status finalmente aceptable para ambos, o mejor dicho: para los tres. Y así iban las cosas, instalados en esta especie de régimen de control, pretendidamente profiláctico, diría. Empecé a pensar, por puro optimismo de desesperado, sin fundamento alguno, por supuesto, que mi solución estaba funcionando, me ilusioné con la idea de que ya había cortado, o que estaba por cortar, con el fulano.

Es cierto que del baño salía cada mañana con ropa interior no menos provocativa, pero se me antojaba que ahora ya no lo hacía preparándose para su amante sino para darme gusto a mí. Un día salió del baño no con tacos altos sino de pantuflas. La mandé a ponérselos. “Tus deseos son órdenes para mí” dijo, obedeciendo. Estábamos enviciados. A veces la inminencia de la cópula de castigo bastaba para que la esperara en erección, pero a veces la esperaba con el bicho dormido y ella me ofrecía la calidez de su boca para ponerlo en el estado adecuado.

Uno de esos días, en lugar de simplemente alojar el miembro y succionarlo suavemente, que es lo que siempre hacía, inició unos movimientos con la cabeza, arriba y abajo y a los costados, tironeando con mimo del bicho para despertarlo. Eso era nuevo. Se me derrumbó el castillo de ilusiones. Aquello era para mí prueba irrefutable de que seguíamos siendo tres. No tuve un segundo de duda. Medio adormilada se había confundido de pija. Así era como le gustaba a su amante, sin duda. Así era como la había enseñado a darle gusto.

“¿Y eso?” le pregunté, destemplado y acusador. “¿Eso qué? ¿Qué pasa?” preguntó sacándose la verga de la boca y poniéndose colorada. Matilde siempre se pone colorada cuando se la acusa de algo, sea lo que sea, con o sin razón. “Vos sabés de qué te hablo”. Se puso más colorada, creo yo que al darse cuenta de la gaffe en que había incurrido. “¿Qué? ¿No te gustó?” preguntó azorada, fingiendo inocencia. “¿De dónde sacaste eso?”. “¿Te parece que tengo que sacar un mimo de algún lado? ¿No puedo inventarlo sola?”. Volvió a llenarse la boca, decidida a no seguir con el tema.

Quedé de una sola pieza. No podía creer lo que oía. Era la primera vez que Matilde me mentía, me decía algo que no era verdad. ¿Era posible tal cosa? ¿No sería que me había ido yo al mismísimo carajo? Me mordí los labios y no dije más. Me arrepentí de mi reacción descontrolada. Había olvidado la pieza clave de mi estrategia: no deschavar la situación. No quería decirle a mi mujer “Cogés con otro”. No quería caer en la proliferación de las palabras, con la que cualquier solución, cualquier sutura se vuelve rápidamente imposible. Y ella tampoco quería que las cosas fueran dichas. Queríamos una solución milagrosa, y que llegara por la vía de los hechos. Tirábamos cada uno de su

[Escribir texto]

lado de la cobija, decididos a salir adelante sin pasar por palabras de las que no se vuelve. Claro está que la tozudez del silencio inevitablemente se convertía en saña.

.....

Aquella mañana estuve particularmente grosero. La mesa en que Matilde se apoyaba golpeaba contra la pared. Pero Matilde parecía disfrutar de mi brutalidad. Ella, que habla tan poco al coger, pedía una y otra vez “Dámela” y “Más fuerte”. Me enloqueció la idea de que así como se había confundido de pija, era al otro al que le pedía más y más.

Después del segundo, ya derrotados ambos, me arrodillé y abriéndole las nalgas de par en par le chupé la concha. No es lo mío chupársela y nunca se la había chupado así, completamente abierta, paspada de tanto coger, metiéndole la jeta hasta donde le entrara, chupándole los labios, mordiéndole el clítoris, lamiéndole el culo. Entró en trance. Temblaba y sollozaba como si hubiera caído en hipotermia, hasta que quedó como desmayada, inerte. Entonces le acabé encima de las nalgas, goterón tras goterón, como si fueran gorgojos.

¿Con el hisopo irritado salpicaba su piel con mi licor de vida? Sí, pero no para bendecirla sino para mancharla, para ensuciarla. Como luchadores exhaustos, incapaces de seguir con la pelea así quedamos, yo perniabierto, jadeante, ella aplastada sobre la mesa de la cocina y abierta, como esperando la sierra del descuartizador. Su voz sonó inesperadamente calma: “¿Esto quiere decir que me querés mucho?”. Me dieron ganas de reírme, pero no pude. “A vos ¿qué te parece?”. Tironeando de sí consiguió incorporarse. Me miró a los ojos. “Que me querés tanto que no podés más”. Asentí con un movimiento de cabeza mínimo, pero dije: “No te equivoques, sí puedo más”.

Estuvo un rato largo duchándose. Me recosté sintiéndome abrumado, dejé que me aplastaran las inercias del cuerpo y del alma. Pensaba que en realidad aquello ya era demasiado. Que no podría seguir adelante, que mejor sería soltarla y dejar que se la llevara la vida. Ella salió del baño muy calmada, como que había pensado mucho, a saber qué. Al irse me besó suavemente en los labios y me dijo: “Yo también te quiero tanto que no puedo más”, o algo parecido.

.....

Eso fue un viernes. El sábado al atardecer, al volver del club, la encontré vistiéndose para salir de noche. Sentí una gran desazón. Había imaginado un fin de semana para nosotros solos. Para el milagro de que la pesadilla desapareciera. Vio que aquella vez me partía al medio. “¿Qué amante puede ser tan maravilloso como para que no sientas ninguna piedad por tu marido?” estuve a punto

de gritarle. “¿Cómo podés ser tan esclava de una pija como para hacerle a tu marido tanto daño?” estuve a punto de gritarle. Pero hubiera sido el final del final pedir así clemencia.

“Es importante” dijo, captando mi desazón. “Si no, no iría, porque realmente no tengo ganas de ir. Pero estas reuniones no son en realidad sociales. Se deciden cosas. Se coordina con el laboratorio. Si no estás quedás fuera de los proyectos”. Me derrumbé en un sillón y vino a arrodillarse a mis pies. “Te prometo que vuelvo temprano” dijo, como que muy compungida. Yo sentía un asco ya incontrolable. ¿Cómo podía seguir traicionándome así? ¿Hasta cuándo? Sentí crecer en mí la furia.

Pensé en arrancarle la ropa, desgarrársela en girones. Pensé lo que nunca hubiera imaginado que llegaría a pensar: pensé en darle una paliza. ¡Yo una paliza a Matilde! ¡Yo, que soy un macho de verdad, fuerte como un toro, incapaz de tocarle un pelo a un niño, una mujer o un viejo! ¡A Matilde, a quien amo por sobre todas las cosas en el mundo! Sí, darle una paliza que fuera como pintarle un límite: si volvés a verlo, te mato. Algo así.

Obviamente que no iba a hacerlo. Sólo pensarlo me llenaba de horror. Ni que me lo pidiera por favor lo haría. Pero algo había sucedido en mi mente. Nuestro juego entraba definitivamente en otra fase. Traté de calmarme. Y entonces la idea cayó, redondita en mi regazo. Dócil como una mascota. Sencillita, obvia. Tanto que me pregunté cómo era posible que no se me hubiera ocurrido antes, ya que era la consecuencia lógica de la estrategia que venía aplicando: tenía que marcarla, marcar a Matilde. Físicamente, quiero decir. Como se marca a una bestia como propia.

Morderle las tetas, por ejemplo. Matilde tiene la piel delicada, las venas frágiles, fácilmente se le hacen moretones. Marcarla, de manera que cuando el que la goza vaya a disfrutar de las tetas de mi mujer se encuentre con esa marca y la lea como una señal de advertencia. Para cualquier tipo con una pizca de sentido común o de dignidad esa es una señal que no puede ignorar, así vea en ella desesperación o furia. Si se tratara de un tipo moralmente sano -¿por qué no? cualquiera puede tentarse- ante aquella advertencia sentiría vergüenza por hacerme lo que me hace.

Matilde estaba en nuestro dormitorio, terminando de acicalarse. “Quiero morderte las tetas” le dije. Estaba yo en mi límite. Incapaz de dar más vueltas. Dispuesto a que todo estallara. “¿Morderme?” preguntó, impactada. “¿Puedo?” insistí como si de alguna galantería se tratara. Se quedó mirándome con los ojos muy abiertos. Pero no dijo nada. Procesó el dato y comprendió. No preguntó por qué. Supo por qué. Su comprensión inmediata tanto como su silencio equivalían a una confesión. Por si fuera necesaria.

Bajó el cierre del vestido deslizándolo torso abajo hasta liberar los brazos. Entonces bajó las copas del soutién, sometiéndose. Sabía que a esa altura entre nosotros era todo o nada. Bancarse todo o romper el silencio y acabar con todo. Las tetas de Matilde son perfectas. Lo último que se le ocurre a uno al verlas, a menos que uno sea un depravado, es morderlas, lastimarlas, marcarlas. No parecen humanas sino angelicales. Son frutos espirituales. Esféricos y blanquísimos con piquitos rosados en los que se concentran su pureza y su fragilidad.

Siempre me babeé ante su belleza. Olerlas, besarlas, chuparlas blandamente, lamerlas era lo que hacía con ellas. Y nunca sin afeitarme antes, para no rasparlas ni con la barba del día. Ahora iba a morderlas. Como si fuera un mandato diabólico e ineludible. Me incliné y apoyé los dientes sobre la pureza de su piel, cerca del pezón, como si fuera un vampiro de película. Oí el aleteo de su respiración alterada, esperando el dolor. Entonces dijo: “Esperá. No necesitás morder. Si chupás fuerte se me hace un moretón”.

¡Sabía que lo que quería era marcarla! No gozar de su dolor, ni vengarme porque se iba, sino marcarla ¿para qué? para la mirada de su amante, obvio. Y prefería llevarle a su amante esa marca antes que romper el silencio y acabar con todo. Me amaba, pese a todo. Pero era prisionera de su capricho y en realidad lo que quería era que la rescatara. “¿Cómo sabés que basta con chupar fuerte?” pregunté, morboso. Se encogió de hombros. “Es mi cuerpo. Lo sé desde chica”. “Pero ¿y si lo que quiero es morderte?”. Se puso colorada. Quién sabe qué pensó. Se encogió otra vez de hombros y dijo: “Hacelo”.

Accionar la máquina mandibular, clavar los dientes, hendir la piel. Por la furia, por la impotencia, por el deseo malsano, malparido, de hacer daño en el cuerpo envilecido de mi mujer. A duras penas me contengo. Aplico los labios y chupo fuerte, primero en un pecho, luego en el otro. “En unos minutos se ven las marcas” dice escudriñando en sus pechos la aparición del estigma. “Ahora voy a cogerte” le anuncio, como quien sigue un protocolo.

¿Qué fue lo que me puso la pija dura como un cuerno, marcarle las tetas o la sumisión con que lo aceptó? “¿Me desvisto y nos metemos en la cama? No importa si llego un poco tarde”. “No. Parados. Apoyate en la cómoda”. Pero fue una cogida gozada. Gocé y gozó. No fui capaz de ser brusco después de marcarla. No soy de hielo. Sintiendo que la cogía con amor, acariciándola por dentro culeaba contra mi vientre, entregada y mimosa. Cuando acabó me quedé quieto, bien encajado y quieto, esperando para ver qué hacía. Retomó ella misma la cogida. Está disciplinada. Sabe que sin segundo no sale de casa.

[Escribir texto]

Después que se fue, sin cenar me acosté y me dormí. Ni sé a qué hora volvió. Me estaba hartando de aquello. Me parece recordar, pero muy vagamente, el resplandor de la luz del baño y el susurro del bidet. Pensé que estaría sacándose de dentro la lefa del otro. Deben de haber cogido a las apuradas en algún rincón oscuro, pensé. Es lindo, adrenalínico, pensé. La descarga es total. Después Matilde se metió en la cama, tenía el cuerpo frío y se pegó contra mi cuerpo en busca de calor. En realidad no sé si la oí lavarse, si pensé cosas, si se pegó contra mi cuerpo. Lo más probable es que haya sido un sueño.

.....

No tuvo consecuencias la idea de marcarla. Nada cambió por más que repetí una y otra vez el abuso. Matilde no abandonaba su coquetería provocativa ni dejaba de tener reuniones fuera de sus horarios de trabajo. “Formo parte del equipo de investigación del Departamento” me anunció triunfalmente un día. Y agregó, sentenciosa: “Ya ves que en esto, como en todo, no basta con ser capaz. Hay que hacer lobby”. Por entonces fui dejando de ser brusco, aunque no le suavicé el régimen. De casa sólo salía bien acabadita.

“Extraño coger en la cama y dormirnos abrazados” protestó blandamente un día, como tanteando para saber si ya estaba pronto para aceptar, sin más, que ella tenía un amante. “Yo extraño cuando vos no eras tan coqueta” repliqué. “Qué raro, yo creía que eso era lo que te tiene tan fogoso” arguyó. “Una cosa no quita la otra” retruqué. “Y siempre podemos dar marcha atrás y volver a como éramos ¿o no?” contraataqué. “Podríamos, pero me gustás así fogoso y celoso”. “¿Celoso? ¿De qué?” salté. “De que me ponga guapa”. “¿Por qué habría de ponerme celoso que te pongas guapa? Lo hacés para mí ¿o no?”. “Sólo para vos” aseguró, y calló, quizá consciente, como yo, de que estábamos a un resbalón de terminar hundiéndonos en el pantano de las palabras.

Pero quedé rumiando sus palabras. Era ya la segunda vez que tenía que enfrentar la posibilidad de que Matilde fuera capaz de decir mentiras. De ocultar, de omitir decir, por un sentido muy riguroso de la privacidad, sí la sabía capaz, pero siempre pensé que era incapaz de formular, letra por letra, una mentira. Aquello me dejó un sabor amargo. Y haber estado tan cerca de hablarlo todo, a calzón quitado, me dejó en la náusea. No podemos, ni sabemos, ni queremos convertir el asunto en una pila de palabras inútiles que sólo nos van a hacer radicalmente imposible rescatarnos. Nuestra guerra de desgaste tenía que seguir siendo silenciosa.

.....

[Escribir texto]

Tenía claro que algo había empezado a cambiar en mí. Empezaba a sentirme verdaderamente harto de la situación. Empezaba, quizá, a sentirme deprimido. Todo lo contrario me parecía que sucedía con Matilde. Con sus dos pijas estaba como perro con dos colas. La rodeaba un aura de pura sensualidad, de beatitud sensual que sólo se consigue no por coger mucho, sino cuando uno se ha instalado definitivamente en la nube orgásica. Yo, que siempre fui nervioso y brusco, empecé a volverme insopportable para cualquiera que tuviera algún asunto a tratar conmigo, desde la cajera del banco a los choferes de mis camiones.

Decidí forzar las cosas, me resigné a hacer lo que debí haber hecho desde el principio: contraté un detective, un fisiólogo, alguien que me aportara los hechos concretos, la verdad desnuda. No porque dudara de mi lectura de la situación, ni por morbo, sino porque pensé que sabiendo con quién y cómo se me ocurriría alguna manera directa de terminar con aquello. Porque al fin y al cabo ¿a qué venía este querer resolverlo todo a pijazos? ¿O es que en realidad –me pregunté aterrorizado- estoy gozando con la situación, con este enviar a mi mujer con el otro bien cogida y recibirla del otro seguramente de la misma manera?

El tipillo tenía una narizota como para oler lo que fuera a mucha distancia. Un verdadero sabueso. A los pocos días de engordar su billetera con mis dólares –dólares o euros precisó- me demostró su sentido de la ética profesional confesándome que no veía muchas posibilidades de serme útil. “La señora trabaja en una institución con varias áreas de circulación restringida. Por lo demás es un edificio muy grande, y fácilmente puede entrar por una puerta y salir por otra, o hacer lo que le parezca dentro de áreas inaccesibles. Y los estacionamientos son subterráneos, y con varias salidas, y con custodias. Y así siguiendo. Excepto en las películas, concluyó en plan filósofo del oficio, vigilar a una esposa es sólo posible cuando vigilarla es fácil”.

.....

La decepción, la humillación y la frustración forman un cóctel peligroso. Empecé a no soportar lo cómoda que se veía Matilde instalada en esa situación, y en particular, en ese régimen sexual. Quizá era, sí, capaz de mentir, pero no era capaz de fingir orgasmos. Se los conozco perfectamente. Me daría cuenta de inmediato si tratara de fingirlos. Por lo demás ¿para qué fingir un gusto que experimentaba muy perfectamente? Se me formó la idea de que empezara a ser ella –y no yo- la que comenzara a no soportar la situación en la que se encontraba tan cómoda.

Una primera concreción de esta idea se me ocurrió una mañana mientras la estaba cogiendo. De pronto su culito me hizo un guiño. Nunca me había interesado el culo de Matilde. Como si no tuviera

culo. Porque uno no se copa con el culo de su legítima esposa. No se trata a la legítima esposa como se trata a una puta. No le das por el culo al amor de tu vida, a la que elegiste para compañera de tus días en este valle de lágrimas. Y sin embargo, de pronto, su culo me hizo un guiño. Un guiño cómplice. Cómpline conmigo. A sus espaldas, naturalmente. El muy traidor.

La verga se me puso de inmediato tan tensa que parecía querer saltar fuera de su vagina. La obligué a sacarle el segundo orgasmo y sólo entonces desmonté. Estaba tan tensa que parecía que se me iba a rajar. “Quedate así” le ordené y fui a por una de sus cremas de manos. Me esperaba tal y cual, medio cuerpo aplastado sobre la mesa de la cocina, las nalgas separadas. Me embadurné el cuerno. “¿Qué pasa?” preguntó con un suspiro. “Ni te imaginás” le respondí, brutal.

“Le hundí el índice en el culo. “¡No!” dijo, incrédula. “Aflojate” le dije “Si no, es peor”. “Pero ¿por qué?” preguntó, a sabiendas de que no iba a responder a esa pregunta, en primer lugar porque yo sabía que ella sabía el por qué. La idea me cruzó la mente de que se resistía porque lo guardaba para su amante. Muy de mujer eso de guardar alguna virginidad para el amante adorado. Pero era una idea absurda, impensable en Matilde. Ella es incapaz de negociar su culo. En el descontrol cualquier idea por estúpida que sea, puede instalarse y florecer.

En fin, lo quisiera ella o no, masajeado por mi dedo su culo se iba abriendo. “¿No me lo querés dar? ¿No lo guardabas para mí?” susurré en su oído, quien vierte ácido, mientras deslizaba dentro un segundo dedo. “No me hagas daño” dijo entonces, resignada. Sentí que se aflojaba, que buscaba abrirse más. Su pragmatismo vencía. Saqué entonces los dedos y le hundí media pija. Gritó, ahora sí de dolor, un grito contenido, apagado. “Me lastimás” dijo, respirando hondo para aflojarse. “Ya está, ya está” dije, acariciándole el pelo, y sintiendo compasión, y repugnancia por lo que le hacía.

“Ya está” le decía, pero la tomé de los hombros, decidido a clavársela completamente. “Esperá un poco” pidió. “Unos segundos”. Pero se me ocurrió que si no seguía de una vez, ya no lo haría. De manera que seguí adelante. De un empujón, sujetándola por las caderas, no quedó nada fuera. Esta vez sí gritó, grito en serio, como para que alguien la oyera y acudiera en su ayuda. “Ya acabo” gruñí entre dientes y empecé a cogerla. Gemía como si la estuvieran desollando.

En mi borrachera de crueldad pensaba: “Por lo menos hoy por el culo no te va a coger”. Acabé tan hondo como pude, gruñendo como un bicho feroz que destroza su presa. Al retirar la pija la tenía manchada con trazas de sangre. Aquello había sido demasiado. Límites habían sido cruzados. Algo tenía que pasar. Matilde, inmóvil sobre la mesa, se tanteó entre las nalgas. Se miró la mano con

[Escribir texto]

sangre. Se incorporó trabajosamente. Tenía el rostro descompuesto. Caminando con dificultad, y no por los tacos altos, se encerró en el baño.

Fui a lavarme al baño del servicio. Me sentía como la mierda. La imagen de Matilde cojeando por el daño que le hice me ponía al borde del vómito. Matilde se vistió en silencio. Parecía ya no sentir dolor. Me senté en el sillón del dormitorio para mirarla hacer, sin decir palabra. No podía pedirle perdón. Que me lo pidiera ella primero. Ella fue la que encendió los fuegos de este infierno.

Pronta para salir se me paró delante, mirándome a los ojos. Extrañamente calmada, casi relajada. “¿No entendés que te amo?” dijo, con una especie de tono de resignación. Me pareció una confirmación estúpidamente innecesaria. Señal quizá de que ya no sabía qué hacer con el conjunto de la cosa. Me mordí la lengua una vez más para no caer en la trampa de las palabras. Después se inclinó y me besó en los labios. “Bestia bruta” dijo, y se fue.

.....

Esta especie de violación, esta violación, digamos, para hablar claro, tampoco dio el resultado esperado. Cuanto más humillante era el tratamiento que le daba, más sumisa se mostraba. Y su sumisión me violentaba más y más, porque no podía sino confirmarme su culpa, su infidelidad, y no podía sino confirmarme que su objetivo seguía siendo conservarme y conservarlo. ¿Para qué si no aquella estoica resistencia? Esperaba, sin duda, que me cansara y la perdonara, y terminara por aceptar las cosas como estaban planteadas, y confiaba –puesto que sabía que nos amábamos– que así sucedería. Así de loca puede estar una persona aparentemente tan ultra-sensata como ella.

Más allá del goce canalresco que encontraba en imponerle condiciones humillantes, lo que yo quería era salir de aquello, dar marcha atrás en el tiempo, volver a lo que éramos, a la inocencia primigenia de nuestro matrimonio. Pero a esta altura de las cosas ¿semejante cosa era aún posible? Por momentos me parecía comprender, con asco, que todo lo que yo pretendía era en realidad vengarme humillándola más y más hasta envilecerme lo suficiente como para darle una paliza.

Los domingos los pasábamos en casa. Yo leyendo el diario, viendo fútbol por televisión y dormitando. Ella ocupándose de la casa. Ya no insistía para que retomáramos nuestras siestas dominicales con sexo sin apuros que tanto nos deleitaran. El único sexo que teníamos era el preventivo, el de la mañana, antes de salir de casa, y parados, en la cocina, sin abrazos ni besos, ni efusiones sentimentales. Llevábamos dos meses de ese régimen y ambos nos preguntábamos lo mismo: ¿cuánto tiempo más soportaríamos la aridez de aquella situación?

Cuando llegaba tarde de noche la sometía a las más humillantes inspecciones. Apenas entrada en casa, antes de pasar al baño, le revisaba los orificios, para ver si supuraban semen o si mostraban señas de uso reciente. La hacía echarme el aliento en la cara para saber si había tragado semen. Le advertí que no volviera a casa chupando pastillas o masticando chicle. “¿Por qué? ¿Qué tienen de malo?” preguntó, como si todavía pudiera yo tragarme su ingenuidad. No le respondí. Coqueteábamos con la tentación de dejar que las palabras explotaran y acabaran con aquella fantochada malsana.

Cercenado en lo más íntimo nuestro matrimonio, en la confianza mutua, pendía de un pellejito que ninguno de los dos quería terminar de cortar. Nos amábamos, realmente. Aquellas horrendas inspecciones nunca dieron resultado positivo alguno. A saber cómo pero, mujer al fin, astuta y detallista, sabía pasar las pruebas y los testeos por más exhaustivos que se me ocurriera. Lo cual, por supuesto, no me hacía retroceder para nada en la convicción de que Matilde tenía un amante.

.....

Un día, imprevistamente hasta para mí, simplemente porque pasé por enfrente de la Clínica, decidí hacerle una visita en su lugar de trabajo. Cosa que nunca antes. Entré en la zona restringida – como la llamaba el chambón que contratara para fígonearla- y la recepcionista me indicó dónde encontrarla. Me pareció que a la recepcionista la había sobresaltado mi presencia, y cuando me alejé llegué a ver que tomaba el teléfono de servicio y discaba. ¿Advertía a alguien de mi presencia? Seguí adelante, masticando paranoia.

Cada persona con la que me cruzaba –túnica blancas, paredes blancas, pisos blancos, luz blanca- me daba la impresión de que me miraba de reojo, con curiosidad malsana, quizá con cierto temor, como si supiera que yo iba a emprenderla a los balazos en cuando diera con la adúltera. Hasta me daba la impresión de que los que me cruzaba estaban alejándose prudentemente del punto hacia el que yo me dirigía. Y es que en este tipo de lugares de trabajo ¿acaso no saben todos los secretos de los demás? Al irrumpir yo, cosa que nunca antes ¿podía ser para otra cosa más que para verter la sangre de la infiel cuyo pecado todos conocían?

Sí, las miradas convergían sobre mí, me interrogaban. ¿Así que ese hombrón es el infeliz? Y sin embargo, es guapo, y se ve de mucho carácter. Cada paso que daba ahí dentro más me convencía de que todos sabían. Al punto de que para nada me sorprendió que, al llegar a la oficina de Matilde, su secretaria me esperara de pie, pálida y estrujándose las manos, evidentemente asustada, para

[Escribir texto]

informarme balbuceando que la doctora se había retirado por tareas fuera de la clínica y que seguramente ya no regresaría hasta mediada la tarde, si es que regresaba.

La pobre mujer debe de haber visto en mi cara que, por más que el resultado de mi improvisada jugada fuera previsible, me resultaba tan difícil de tragarse como un pedazo de vidrio. “Gracias, señorita... ¿Cómo es su nombre?”. “Adela”. “Gracias, Adela” articulé sonriéndole penosamente. A espaldas de Adela la puerta de la oficina de Matilde estaba cerrada. Se me ocurrió la loca idea de que Matilde estaba allí dentro con su amante. Aterrorizados ambos. Seguros de que venía directamente a matarlos. La secretaria vio que miraba hacia la puerta y un rictus de terror le retorció los labios. Estaba como para salir corriendo.

“¿Esa es la oficina de mi esposa?” pregunté, tratando de sonar de lo más casual. “¿Podré curiosear allí un poco? Siempre me habla de su oficina y nunca la vi”. La pobre parecía tragarse cemento. Hacía que no con la cabeza, pero no le salía qué decir. “La doctora cierra con llave” consiguió articular. “Y se lleva la llave”. “Quizá justo hoy se olvidó de cerrar” argumenté, por no hacerla a un lado y lanzarme sobre la puerta. “No, no. Nunca se olvida” se apresuró a decir. Y, astutamente, tengo que concederlo, se acercó rápidamente a la puerta y fingió querer abrirla sin éxito. “No” dijo, y vi que o se desmayaba o tenía un ataque de nervios. Decidí cortarla ahí. Más era ya para escándalo.

“Adela ¿Sabe que le queda muy bien esa blusa?” le dije. La blusa era atroz, pero a mí se me había ocurrido, de pronto, posar de pizpireto. Salvar un poco la cara. Mi mujer coge por ahí, pero yo también. ¡Lamentable! Dicho lo cual, con una sonrisa pétreas en la cara, me di media vuelta y me fui, sintiendo que hasta las paredes observaban mi huida y se reían discretamente de mi vergüenza, como si del pantalón me saliera un rabo largo y peludo con el que fuera abanicando los pisos impolutos.

En el auto marqué el celular de Matilde, en un estado tal que hubiera terminado gritándole por teléfono todo lo que no le había dicho cara a cara. Pero, por supuesto, la muy zorra tenía el celular apagado.

.....

Aquella estúpida peripecia, aquella humillación pública, real o imaginaria –yo estaba en el límite de mis posibilidades de distinguir lo uno de lo otro-, terminó con mi paciencia. Contraté otro detective. Este tenía todo el aspecto de derribar paredes a puñetazos. Me costaba el doble.

A la semana me dio su informe: “Le intercepté el celular. No hubo llamadas ni mensajes del tipo que nos interesa, a menos que se hablen o manden mensajes siempre en clave, lo cual sería raro”.

[Escribir texto]

Eso no me sorprendía, pero me confirmaba lo que sospechaba: evidentemente que no se mandaban jmensajes ni se telefoneaban porque trabajaban juntos todo el día. Era alguien del Departamento. Gente que comparte tantas horas que terminan cogiendo.

“La seguí a todas partes y en la calle no se encontró con nadie. Soborné a recepcionistas, porteros y custodias, y ninguno supo darme un dato significativo”. Ahí se me hizo claro un punto ya más sutil. Si nadie sabía nada –suponiendo que así fuera- a pesar de que pasaban el día juntos porque trabajaban juntos, sólo podía ser porque el fulano en cuestión era alguien por definición insospechable. Insospechable... llegado a este punto ya podría haber deducido quién era.

“Soborné para poder circular como trabajador del lugar en que tuvieron la reunión de trabajo del sábado pasado, que fue un hotel en el balneario Solís. La tuve prácticamente cien por ciento del tiempo a la vista y no hizo sino participar en la situación de trabajo. Lamentablemente no puedo confirmarle que su mujer esté teniendo un affaire”. Aquello me irritó más todavía. ¡Tanta astucia para esconder! Hubiera preferido ya, de una vez, que me trajera una foto de Matilde con las manos en la masa.

El fisgón estaba tragando mierda. O le daba lástima ver cómo sufría yo, o le daba vergüenza haber fracasado. Hacía un esfuerzo por recordar, se estrujaba el mazacote cerebral poniendo cara como de estar haciendo fuerza para cagar. Entonces, de pronto, nomás como por decir algo más, dijo: “Una sola vez la vi apartarse para secretear con alguien. Pero realmente no me pareció alguien sospechoso. Era un viejo. Flaco. Frágil. Bastante mayor. Yo creo que un viento fuerte se lo llevaba. Me pareció que era algo así como el jefe de aquella gente”.

.....

¡Paf, paf y recontra-paf! ¡¿Él?! ¡¿El recontra-emérito, Doctor Honoris Causa, el doctor Ricardo Nosecuantos, Director del Departamento y de no sé cuántas cosas más?! Pero si se conocen desde siempre. Desde mucho antes de conocer yo a Matilde. Él fue el tutor de la tesis con la que se recibió Matilde. ¿Cómo? ¿Recién ahora se convierten en amantes? ¡¿O siempre lo fueron?! No, la súbita coquetería de Matilde indica un punto de quiebre, ahí fue que sucedió, ahí fue cuando, tardíamente, se dieron al adulterio. Misterio...

¡Pero claro! El carácter tardío del asunto, al filo del tiempo, es lo que explica la manera desesperada, irresponsable con que Matilde se lanzó a la relación. A cara de perro, contra viento y marea, como mierda fuera, así me estuviera haciendo pelota. Siendo como es, para Matilde saldar esta deuda de vida que le era exigida al filo mismo del tiempo, era una cuestión ineludible. Siempre me habló del

tipo con una admiración rayana en la bobería, como se habla de un sabio que está mucho más allá de las cosas de este mundo. ¡Pero no de todas las cosas de este mundo! Viejo calandraca y libidinoso. Calculo que es tan viejo que no da ni para ir y darle una cachetada.

¡Pero claro! Esto explica la coquetería tipo sex-shop de Matilde. El viejo no debe de hacer mucho más que mirar y toquetear. Él le pidió que se disfrazara de puta. Y explica la felación novedosa, el tironeo con los labios. Lo aprendió para él. Truquitos para conseguir que se le pare, por poco que fuera. Pero ¿dónde pecaban? Una catamina como ese viejo necesita de un lugar tranquilo y mucho tiempo para inspirarse. Hasta donde recuerdo era un hombre casado. Quizá enviudó y van a su casa, o apartamento, lo que sea.

Pero ¡¿por qué?! ¿Cómo pudo poner nuestro matrimonio al borde del abismo? ¿Acaso él fue el amor de su vida, su amor secreto, imposible? ¿O fue por sumisión al sabio, al detentador de la llama sagrada del saber? ¿O por abyecta aceptación del derecho de pernada académico? ¿Puro agradecimiento personal por todo lo que el viejo le fue facilitando en su carrera? ¿O directamente por cálculo, para obtener determinados privilegios en el Departamento? ¿Es Matilde capaz de eso? ¿Tiene Matilde alma de puta?

Me lo imagino, con los dedos rígidos, encorvados, temblorosos, hurgando en el joyero de mi esposa, de la futura madre de mis hijos. Jadeando, al borde del paro respiratorio. Mirándola con agüita en los ojos del puro recordar los paraísos perdidos, arrasados por la edad. ¿Y ella? Ella babeándose, mojándose la entrepierna de sólo pensar que se daba, en tributo y homenaje al hombre superior, al hombre sabio, al superhombre, cumpliendo con el supremo deber de proveerlo de sus últimas alegrías. Me da risa, me río, ja-ja.

Y yo, que me la imaginaba re-cogida por algún cabronazo con una verga prepotente, esclava de los deseos volcánicos de algún gañán joven y musculoso, comparado con el cual, yo, su esposo, no sería más que sexo rutinario, resignado, al borde de la abulia. Con el vejete el adulterio de Matilde no era más que una especie de ritual pre mortem. Locamente aliviado al inventarme –porque por el momento lo que creía saber no eran más que especulaciones- esta solución al enigma que me quemaba la cabeza desde hacía meses, por un momento, o dos, o tres, pensé en olvidarme del asunto, en permitírselo. Al fin y al cabo no era más que un acto de piedad y gratitud.

Me vino una cosa como de espíritu magnánimo, como de bancarme algo que, en realidad, a duras penas podía considerar como una ofensa, como adulterio. Era tan adulterio como el chupeteo que el bebé hace del pezón materno para sacarle leche. Una vez cada tanto, quizás, en algún apartado del

Departamento, sentado para no marearse, le levantaría la falda y le miraría las nalgas, casi desnudas por la tanguita, y le metería un dedo o dos, tímidos, temblorosos, y gozaría de la tibieza y de la humedad para luego chuparse los dedos.

O quizá le pediría que se desabroche la túnica a la altura del pecho y que se incline hacia él, para ver las divinas tetas de Matilde contenidas por la puntilla. Le pediría quizá que las libere, para darle besos secos, lengüetazos ásperos, como de gato. En días de gran furor erótico sacaría la verga impotente y se la daría a chupar, y Matilde con su técnica recién aprendida de cabeceos y tironeos lograría una mísera erección, apenas suficiente como para hacerle una pajita, rápidamente acabada en orgasmo, con un producto pobre, aguachento, insípido que Matilde se tragaría con mimo.

¿Por tan poco iba yo a armar un escándalo, a perder a la mujer que amo? ¡Si casi es laudable su generosidad y su agradecimiento para con su mentor intelectual! El que esté libre de pecado que tire la primera piedra. ¿Quién soy yo para juzgar, y sobre todo para castigar, un pecado tan ínfimo, más ínfimo que los deseos que he experimentado mirando los succulentos culos de las chiquilinas, especialmente cuando se aligeran de ropas al llegar la primavera? ¡Pero además... por más tórrido que fuera, aquel romance adúltero y absurdo tenía muy cortita la fecha de vencimiento! ¡Semanas, quizá días, quizá horas! Pronto ni dedos podría meterle, pronto sería un adulterio puramente visual, pronto no habría más adulterio porque el vejete seguramente no tardaría en retirarse para descansar en paz.

Me dio verdadera vergüenza mi conducta de patán furioso, humillándola día tras día, pobre alma de Dios que seguramente pensaba que su pecado de generosidad, más que comprensible y casi justificable, en realidad sí merecía tanto castigo. Porque a esa altura del asunto mi amorcito ya tenía el culito más que dócil de trabajárselo, y tantas veces le había mordido las tetas –no se las chuponeaba porque que le doliera era parte de la cosa- que yo creo que ya ni le dolía, es más, a veces me parecía que hasta gozaba cuando le clavaba los dientes. Eso sí, nunca dejaba de exigirme que me lavara los dientes antes de hacerlo, no fuera a infectarla.

La pregunta es cómo el vejete no veía los moretones en las tetas de Matilde. Quizá estaba tan corto de vista que ni los distinguía. Quizá no los veía porque en realidad las tetas de Matilde no eran sino un sueño, un disparador que lo lanzaba a quién sabe qué ensueños memoriosas. Quizá los éxtasis eróticos en los que caía le impedían ver absolutamente nada. O quizás sí veía, bien claritos, los moretones, y le gustaban, lo calentaban y gozaba callado de ellos. También podía ser que los días de moretones Matilde le negara el pecho, como una nodriza torturadora, o que se los maquillara, los ocultara con alguno de los menjunes que últimamente no faltaban sobre su cómoda. Quién sabe.

Por sobre todas las cosas, que su amante –por llamarlo de alguna manera- fuera su admirado profesorete explicaba el silencio tenaz de Matilde. Quizá no era para evitar que el palabrería acabara con nuestro matrimonio, sino porque la horrorizaría que fuera yo a encarar al viejo, quizá hasta a descuajeringarlo de un manotazo. Para ella, durante todo este tiempo, esa idea, esa posibilidad debió de ser el infierno mismo: traerle semejante situación de violencia y vergüenza a su adorado ídolo –y, de paso, ver presuntamente acabada su carrera en cuanto al Departamento se refiere, porque obviamente que no podría seguir allí después de un escándalo de esa índole.

.....

Esa noche depuse todas mis actitudes agresivas. Encargué comida tailandesa, que le encanta. Sentí un enorme alivio, una verdadera liberación al hacer desparecer de un plumazo la atmósfera intoxicada que habíamos estado respirando. No dije una palabra, por supuesto. Todo sin explicaciones. Que pensara lo que quisiera. Que había padecido un lapso de demencia. Ella tampoco dijo nada. Pero se le cayeron las lágrimas cuando llegó y se encontró con que mi actitud era la de siempre, la de antes. Al fin y al cabo ella, santa y pragmática, había tenido razón: la única salida era que yo aceptara el triángulo ¡como lo estaba haciendo ahora!

Cenamos locuaces, como si hiciera tiempo que no nos veíamos y estuviéramos ansiosos por ponernos al día. En la cama nos abrazamos fuerte, hicimos el amor como antes, con muchos besos, hondos besos, y caricias, y con sus piernas abrazando ávidamente mi cintura. Si por un instante me pasó por la mente la imagen del vejete toqueteándola todo lo que pudo arrancarme fue una sonrisa: ¡pobre vejete, alma sabia y sublime, que, en el acierto o en el error –no importa, te perdono-, puso sus ansiedades terminales por encima de mis derechos de exclusividad! Acabamos al unísono, envueltos en una marea de amor tan profunda como si estuviéramos ya, por fin, buscando la concepción del primogénito. Extenuados, ya náufragos en las playas de la ternura, Matilde volvió a sollozar, quedito, antes de dormirse.

Pero cuando desperté de mi primer sueño reparador en mucho tiempo tenía claro lo que haría. La almohada –si hay paz en el espíritu- es la mejor consejera. Despertamos tarde. Vencidos por la emoción de la reconciliación olvidamos poner el despertador. No llegaríamos a tiempo para nuestros primeros compromisos del día. De manera que lo primero fue telefonear aquí y allá reorganizando agendas. En realidad eso fue lo segundo. Lo primero fue besuquearnos largamente en la bruma del sueño compartido.

Tenía claro lo que iba a hacer. E imaginaba las posibles consecuencias. Pero el hombre propone y el Diablo dispone. “Mati ¿podés traerme tu cinturón marrón?” pedí desde la cocina. “¿Cuál marrón? ¿Para qué lo querés?” preguntó desde el baño. “El trenzado, el que te ponés con los jeans”. “Ahora voy”. Había estado maquillándose como una puta callejera. Con o sin reconciliación, Matilde no pensaba, o no podía, corregir el rumbo. No esperaba yo otra cosa. Examiné el cinturón. Era, efectivamente, lo que necesitaba. Le hice un par de nudos en el extremo sin hebilla.

Bajo la capa de maquillaje, Matilde empalidecía. “Confías en mí ¿verdad?” le pregunté, tan dulcemente como pude. Le temblaban los labios, y no apartaba la mirada del cinturón. De pronto se puso intensamente colorada. Siempre me resultó tan difícil interpretar los caprichos de sus rubores... Sus mejillas pasaron del blanco ceniciento al rojo intenso, pero yo me seguía sintiendo aliviado, ligero el ánimo. No dudaba –y no me equivocaba- de que el fin de mis tribulaciones estaba cercano.

“Voy a zurrarte las nalgas” le anuncié mientras le acomodaba delicadamente el pelo por detrás de las orejas. “Podés estar segura de que esto va a dolerme a mí mucho más que a vos, porque te amo con todo mi corazón y lo último que deseo es hacerte sufrir. Lo hago porque tengo que hacerlo, porque es necesario. Yo creo que vos sabés que es necesario, y creo que vos sabés, además, por qué es necesario” así le dije, tan dulcemente explicativo como se habla con una niña. Me sentí como el líder de una de esas sectas que arrastran a sus fieles al suicidio.

La pobrecita me miraba exactamente con la mirada con que una niña de conducta intachable –y yo estaba seguro de que Matilde se sentía intachable dándose al vejete- mira a su amoroso e injusto padre, que le anuncia, vertiendo lágrimas de cocodrilo, que le va a dar una paliza de índole preventiva, profiláctica. “Lo siento, Mati, pero tenemos que volver a ser los de antes, tenemos que volver a nuestra felicidad de ante de todo esto” insistí, pero sintiendo que aquello era ya demasiado, y que estaba a punto de lanzarme a parlotear, a desocultar todo, echando todo a perder definitivamente.

¡Cómo hubiera querido que, para no tener que hacer lo que iba a hacer, en ese momento Matilde cediera, se abriera, confesara, se comprometiera a abandonar aquel su apostolado erótico! Pero no iba a pedírselo. Su devoción y su entrega al anciano sabio eran su problema privado. No iba yo, para recuperar lo legítimamente mío, a pisotear su derecho a la intimidad. Para no hacerlo disponía de otros medios. Estaba por verse si el sabio era tan sabio, y qué haría cuando viera, justicieramente decoradas, las nalgas sobre las que tanto se babeaba.

Deslicé el salto de cama de Matilde por encima de sus hombros y lo dejé caer al piso. Debajo estaba desnuda, excepto por la tanguita. Se cubrió las tetas con los antebrazos como si yo fuera un violador y ella mi prisionera. Aquel gesto hirió mi sensibilidad. Me hubiera puesto a llorar. Creo que ella leyó en mi rostro el sentimiento. Giró y se inclinó sobre la mesa. “¿Querés que me saque eso?” preguntó aludiendo a la tanguita, como si lo que llevara puesto no fuera ropa interior sino un disfraz. Lo cual era cierto.

Era un momento terrible. Los brazos me pesaban como si fueran de piedra. Pero no podía tenernos piedad. Aquella, estaba convencido, era la amarga medicina para nuestro infierno doméstico. No diré, como los políticos, que no me tembló la mano. Sí me tembló, pero con cada cintarazo sentí el puño más firme. Matilde aguantaba, tragándose el dolor. Rayas rojas fueron cubriendo sus nalgas blancas como la luna. La delicadeza de su piel y sus venitas eran ideales para mi plan. Donde los nudos mordían la piel rápidamente moretones azules iban floreciendo.

Para decirlo todo: azotándola supe –o terminé de saber- de mí algo que en lo sucesivo habré de erradicar completamente de nuestras vidas: azotarla me ponía en erección. Es un feo retorcimiento del deseo amoroso que no tiene lugar entre personas que se aman. Pero ¡qué erección! Se me puso tan dura que me dolía. Hubo un punto en que Matilde comenzó a sollozar, a gemir de dolor. Después ya no más, silencio, apenas el jadeo con cada nuevo golpe. Suficiente. La decoración era suficiente. No era cuestión de que no pudiera ni sentarse. Dejé caer al piso el cinturón devenido fusta.

Con la pija como la tenía, no podía evitar cogérmela, pero realmente en ese momento y no antes me sentí un violador. Le abrí las nalgas. Sólo rozárselas con las manos la hacía gritar de dolor. “Sólo te la voy a poner un poquito”. Un verdadero violador. Tenía la pija tan dura que la punta se me doblaba hacia arriba, cosa que pocas veces antes. Hice a un lado la tanga, emboqué la verga y la empujé despacito vagina adentro. Me la cogí con indescriptible delicadeza. Matilde dejó de sollozar. Soportaba en silencio. Sin acelerar, casi inmóvil, exploté. Un río de semen. Sentí que todo yo era una ola que fluía hacia dentro de su cuerpo, hasta desaparecer.

Un placer exquisito que me vació completamente, en cuerpo y alma. Pero al ir a retirarme Matilde dijo: “Seguí así. Un poquito más. Cogeme despacito”. A la tercera ondulación acabó como nunca la haya visto yo acabar. Acabó como si estuviera alcanzando un placer de una naturaleza largamente superior a todos los que antes hubiera conocido. “Dios mío” musitó como si encontrara, en alas de aquel placer, precisamente en presencia del Altísimo. Después se estremeció, como alcanzada por la llama del amor divino y se derrumbó sobre la mesa.

Extraje la verga de su cuerpo, todavía rígida. Su concha boqueaba, vomitando semen. “Quedate así, voy a curarte”. Traje del baño crema curativa para la piel y la apliqué raya por raya, moretón por moretón, rozándola apenas, casi sin tocarla. Finalmente se incorporó. “Tengo que irme” dijo. Pero caminaba como si el aire tuviera garras. Se encerró en el baño. Temí que todo hubiera sido inútil, que no pudiendo ni sentarse, no fuera a entregarle mi mensaje a su adorado sabio.

Eran casi las diez cuando bajamos al estacionamiento, juntos, cosa que pocas veces. Nos abrazamos junto a su auto. “Vos sabés que soy tuya ¿verdad?” me preguntó al oído. “No tengo la menor duda” le aseguré. “Mi amor” suspiró. Yo estaba otra vez duro como un garrote y la erección empujaba contra su vientre. La empuñó por sobre la tela del pantalón. “Nunca te lo dije, pero yo siento celos de las mujeres que te ven durante el día”. Le cerré la boca con un beso. “Tonterías” le dije. “No puedo dejarte ir así” susurró frotándose la verga.

Bajó el cierre del pantalón. “Matilde...” protesté. Pero ya se había agachado y se llenaba la boca con el miembro. Chupaba y masturbaba la parte baja del tallo. Ya a media mañana el estacionamiento del edificio tiene poco movimiento. Y el auto de Matilde ocultaba lo que hacía. De manera que me concentré en ayudarla relajándome. Compareció el polvo, irritado por el apuro, y me vacié en su boca. Siguió chupando hasta que me desinflé, y luego siguió hasta higienizarme completamente el glande.

Nos besamos otra vez. Olí el semen en su boca. Me pareció delicioso su aliento oliendo a semen, mi semen. “Mi amor” suspiré. “Yo también, todo lo que quiero es que todo vuelva a ser como antes” dijo entonces. Asentí con la cabeza y le besé las manos. Lo que sentía por ella era más que amor, sentía como nunca lo había sentido, laantidad de nuestra unión. Abrió la puerta del auto y se sentó al volante, con un gesto de dolor, como si se sentara sobre un brasero ardiente. Me ofreció una sonrisa penosa. “Chau” dijo, encendió el motor y maniobró para salir del estacionamiento. Ella no podía zafar de la situación, yo tenía que arrancarla, eso era todo, ese era el quid de la cuestión. Supe, sin ningún lugar a dudas, que el último recurso que ese día había aplicado con gran dolor del alma, daría resultado. No me imaginaba de qué manera.

.....

Pasé el día en Babia, sin poder concentrarme en nada. Había sido una mañana de unión gloriosa de nuestras almas. Frente a lo experimentado cualquier otra cosa me resultaba sin sentido, insignificante. En realidad eran muchas las posibles consecuencias de mi exceso, no sólo la que yo en principio había imaginado. Cada vez que regresaba mentalmente al asunto el catálogo de posibles

consecuencias se multiplicaba. Podía, por supuesto, suceder –y esta era la mejor opción, la que me había motivado a proceder- que el sabio resultara libidinoso pero prudente, y que al ver el estado de las nalgas de Matilde se asustara, considerara prioritaria la integridad de su viejo y seco pellejo y de su frágil osamenta, y decidiera que era hora de dejarse de joder con mi mujer.

También podía suceder –el resultado sería el mismo- que en un acceso de repugnancia moral ante el espectáculo que le brindábamos decidiera ya no tener nada que ver con gente de semejante catadura. Pero también podía resultar que la paliza resultara inútil sencillamente porque el pachá académico no sintiera, justo hoy, las ganas de pecar que normalmente le despertaban los encantos de mi legítima esposa. O también podía suceder que, justo hoy, el trabajo en el Departamento fuera tan intenso que no le diera el tiempo más que para una sobadita de nalgas por encima de la túnica, cosa que –dado el estado de las nalgas de Matilde- le caería a ella tal y como es de imaginarse.

Y, por supuesto, podía suceder –la probabilidad era alta, dada la edad del interfecto- que justo aquel día el sabio vejete se despertara con un ataque de reuma, o de ciática, y decidiera quedarse en casa. Todo esto sin considerar la posibilidad –y la probabilidad quizás era aún más alta- de que Matilde, antes de poner aquel desastre ante la vista de su amante, o simplemente porque no aguantaba los ardores, pegara la vuelta y se volviera a casa faltando con o sin aviso. Al fin y al cabo era un privilegio que, en tanto amante del Director, podía permitirse.

Deseché, por cierto, la posibilidad de que su miseria física hiciera bruscamente a Matilde consciente de su miseria moral, llevándola a tomar finalmente la decisión de poner fin a aquel romance con el dueño de la sabiduría, y jurándose de aquí en más serme fiel nuevamente y para siempre. Y deseché esta posibilidad porque, como dije, tenía la convicción –y hasta donde sé tenía razón- de que Matilde era incapaz de resolver la situación por sus propios medios. En fin, y en resumidas cuentas: que la única de las posibilidades que no se me ocurrió fue la que realmente ocurrió.

.....

Loco de ansiedad regresé a casa temprano. Para mi sorpresa Matilde ya estaba allí. Tenía los ojos rojos, como si se hubiera conseguido una infección letal de conjuntivitis. Sus manos temblorosas sostenían un vaso con tal medida de whisky como seguramente no sería capaz de trasegar en toda una noche de locura. El llanto ya no drenaba agüita de sus lacrimales pero sí un torrente de mocos de su nariz. Boqueaba muda como un pez en el agua, o como si tuviera una piedra incrustada en la laringe.

“Pero por Dios, Matilde, decime qué te pasa” insistía yo tomándola de los hombros y sacudiéndola, preocupado por lo atacada de los nervios que la veía. “Nosecuántos murió” consiguió finalmente balbucear, y al decirlo se le descontroló por completo el llanto. Quedé como de flash. ¿Muerto? La idea no me entraba en la cabeza. Para cuando finalmente permeó, traía de remolque una certeza: que el estado de las nalgas de Matilde tenía la culpa de su deceso. O sea, que yo tenía la culpa de su deceso. O mejor, corregí, que su luxuria, combinada con mi extremismo y las sumisiones de Matilde, tenían la culpa de su deceso.

Era la posibilidad que nunca se me había ocurrido. “Contame cómo sucedió” le pedí, aunque ya me representaba mentalmente más que precisamente lo que había sucedido. Lo que en realidad me preocupaba era si ella había sido capaz de manejar adecuadamente la situación o si estábamos frente a un gran escándalo que nos perseguiría hasta el último de los días de nuestras vidas. “Estábamos...” dijo, y calló. Me miró con ojos de tremendo susto. Estaba tan desmantelada que había estado a punto de decírmelo todo, de decirme toda la verdad.

“Estábamos revisando historias clínicas” dijo por fin, tragando saliva amarga. “De pronto se fue de cara sobre el escritorio. Fue un síncope cardíaco, fulminante”. Me miró a los ojos como pidiéndome que le creyera sin más. “No pude hacer nada”. Me imagino su inmediata reacción. ¿Fue reanimarlo? ¿Pedir ayuda? ¿O fue meter dentro del calzón del sabio la pijita tensa, y subir el cierre del pantalón, que en toda urgencia tiende a atascarse? Y acomodar su propia ropa, por supuesto. No, seguramente que lo primero no fue pensar en el viejo y salir corriendo con la tanga a media pierna en busca de ayuda. Bien por vos, Matilde, bien por vos. Nos salvaste. Él apostó y perdió. No es razón para hundirnos todos.

La abracé. “Comprendo, mi amor, hiciste lo que pudiste, sos una doctorcita, no podés hacer milagros” le dije. Matilde, hipando quedito en mi oído y moqueando el hombro de mi chaqueta, se fue tranquilizando. Así, abrazados, yo sentía cómo, gota a gota, la culpa de aquella muerte –justiciera en mi contabilidad-, sin que dijéramos palabra, pero sabiendo lo que sabíamos, venía a depositarse sobre mis espaldas. Mejor así. Y ella aceptaba que así fuera, que así quedaran fijados los hechos y distribuidas las mudas culpas, porque no aceptarlo significaría decirlo todo y eso acabaría con nuestro matrimonio, cosa ahora, ya, más que nunca, inútil.

Por dentro yo me regocijaba imaginando cómo habría saltado la libido del vejete al ver el desastre que eran las nalgas de Matilde. “Ah, pero Matilde, no imaginaba que tenías estos gustos” me lo imagino diciendo, maravillado. “Ah, dejame verte bien” suspiraría, despatarrado en su trono de jefe, patrón y dios del Departamento, con Matilde inclinada hacia adelante, sosteniendo remangada en la

cintura la túnica y el viso, mostrándole las flageladas nalgas. “Qué maravilla” suspiraría el vejete, ya algo jadeante por la excitación, abriendose la ropa para airear su encogido bastón de mando. “¿Tanto te gusta como estoy?” seguramente preguntaría, sorprendida en su ingenuidad, mi legítima esposa.

El sabio se esforzaría por lograr una mínima erección, lo suficiente como para alcanzar el placer. “No, quedate así” le debe de haber dicho, presuroso, cuando vio que intentaba darse vuelta, con la intención seguramente de ayudarlo chupándosela. “Dejame verte, tocarte” se babearía el sabio rozando con los dedos temblorosos aquellas marcas que quisiera él mismo haber impreso en la piel de su devota, marcas que quizá, que seguramente nunca tuvo el valor de dibujar en la piel de nadie, marcas con las que soñó en el rincón más secreto de sus delirios eróticos.

No se esforzaba por lograr una buena erección, eso ya hacía tiempo había dejado de intentarlo, sólo intentaba una erección suficiente como para una eyaculación tan redondita como fuera posible. Lo consiguió, finalmente las dos gotitas de semen grisáceo e inocuo se le escurrieron entre los dedos, pero su corazón no pudo más. Y así fue que murió, llenándose los ojos con las nalgas flageladas de Matilde. Con esta imaginación me conformo. Tengo suficiente. No quiero saber más. No me interesan los detalles verdaderos.

.....

Nueve meses después nació Ricardo, nuestro primogénito. Matilde fue, por supuesto, la que insistió en poner el nombre de su amado profesor y mentor intelectual, protector de su carrera en el Departamento, que pronto la llevaría, eso confiaba ella, a la Dirección. Si en el mundillo académico existe el derecho de pernada, también existe la herencia, el preparar el camino a quien quedará en el trono cuando llegue la retirada. Hubo en el Departamento chismorreos de todo tipo referentes a la muerte de Nosecuántos. Por supuesto. Pero no duraron mucho. Desde la Dirección General bajaron línea. La memoria del gran sabio era intocable. Algunos traslados y algunas jubilaciones terminaron con el tema.

No rechacé el nombre elegido por Matilde. Dado el manejo global que habíamos dado a la cuestión no tenía mucho margen de maniobra en el caso de que me decidiera a rechazarlo. La actitud de Matilde, sin palabras, fue realmente intransigente. Al proponerlo, captando la sorpresa que me causaba, simplemente se quedó mirándome a los ojos, desafiante, como diciendo: “Ni vos ni yo queremos realmente discutir el tema”. Durante el embarazo, con la perspectiva de ese nombre, estuve temiendo que la criatura tuviera los ojos celestes y la nariz afilada del vejete. No fue así. Resultó ser y sigue siendo mi viva imagen.

[Escribir texto]

Puedo, por supuesto, vivir y ser feliz aunque mi hijo se llame como el difunto amante de mi esposa. Si esto le permite a Matilde concluir su duelo, entonces tengo que aceptar definitivamente –cosa que en realidad no dudo– que su devoción por el viejo sabio era auténtica y muy profunda, y que realmente no quiso hacerme daño. Sea. Yo, con este relato de los hechos tal y cual fueron, me olvido del asunto para siempre.

.....